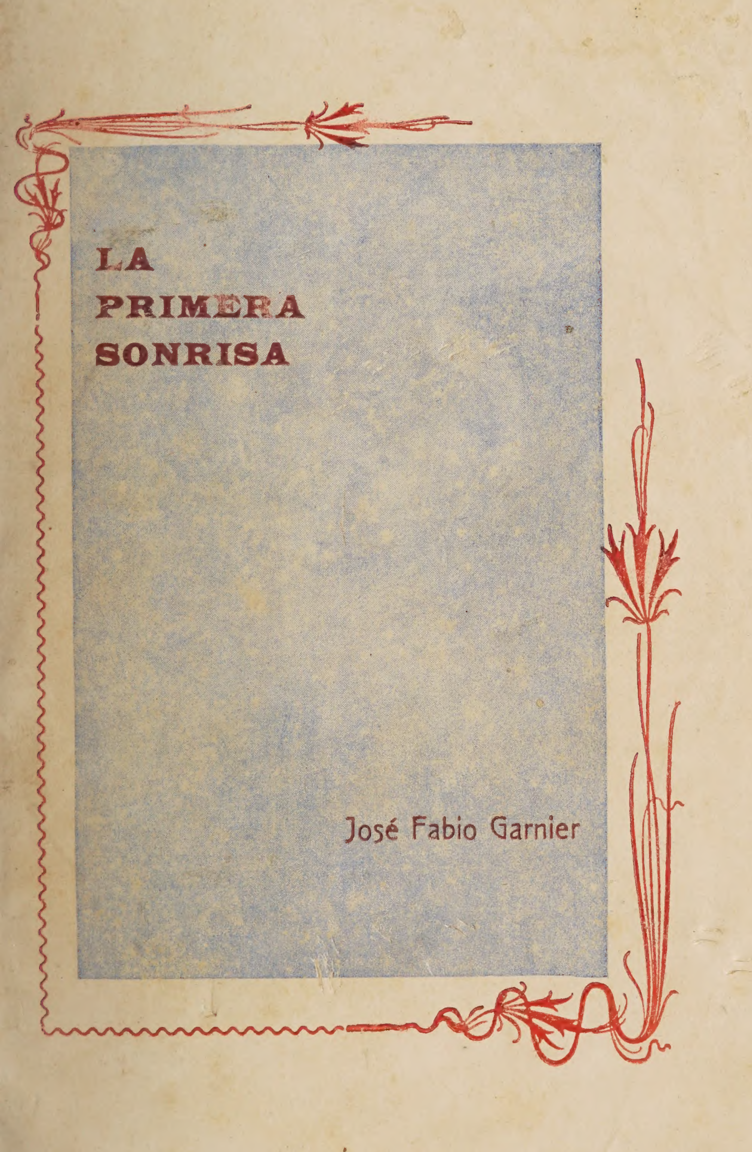
La Primera Sonrisa

Garnier


LA
PRIMERA
SONRISA
José Fabio Garnier

A Joaquín García Monje
cariñosamente
José Fabio Garnier

LA PRIMERA SONRISA

(ESTUDIO)

I

ERA una hermosa habitación; bañándolo todo en una onda luminosa los rayos del sol entraban en ella por dos ventanas abiertas sobre un jardín. Tapizado de amarillo oscuro; adornado con jarrones en que lucían sus colores las rosas y los claveles, las violetas y los pensamientos, parecía muy alegre el dormitorio de Cordelia.

Tenía pocos muebles: hacia el fondo, oculto por un blanco cortinaje se adivinaba un lecho colocado trasversalmente; a la derecha una cómoda de caoba con incrustaciones de guayabo, sobre la que descansaba un pequeño armario que servía de biblioteca; una consola de mármol con su correspondiente jarrón de porcelana y su hermosa jofaina, ambos envueltos por sobrerelieves que, en forma de guirnaldas de flores y de

frutas circundaban un cuadro encantador dibujado en la porcelana: el Amor huyendo de una Venus Afrodita; a la izquierda, varias sillas distribuidas aquí y allá y un tocador pequeño en cuyo espejo de una luna soberbia se habían posado muchas partículas de polvos de arroz, y sobre el tocador, colgando de la cornisa, un espejo de cuerpo entero que se abría en el muro como retazo de un lago argentado.

De pie ante el, una señorita como de veinte años, levantaba los brazos con un gracioso movimiento de coquetería, colocaba las manos en las caderas, se volvía de perfil y acariciaba, con sus miradas, la ondulación adorable en los contornos y la curvatura de las lineas de su cuerpo que se reflejaba en la superficie del cristal.

Plegaba aquí una de las cintas rosadas que llamaban la atención en su vestido color malva; arreglaba allá un encaje que resaltaba en el fondo rosa del adorno del pecho; movía las faldas para deshacer las arrugas y para ver cómo caían los pliegues en el suelo; contemplaba luego su rostro ovalado, sus ojos oscuros, su barba salida y después, con

un ligero movimiento, se volvía para fijarse en su espalda modelada.

Estaba harto distraída cuando otra señorita entró en el dormitorio. Ambas amigas se abrazaron besándose dos veces en las mejillas y luego la recién llegada dijo sonriéndose:

—¡Si estás muy guapa, Cordelia. !Cómo se nota que deseas agradar mas a tu novio!

Con una sonrisa encantadora Cordelia afirmó aquella frase de Susana; enseguida, sacando de la cómoda uno de sus sombreros, lo colocó sobre sus cabellos castaños arreglados con gracia por encima de su frente blanca y espaciosa.

Susana, antes de salir, hizo frente al espejo, una revista de sus encantos y se limpió con un pañuelo alilado el borde de los ojos y el arranque de las orejas en donde los polvos de arroz se habían acumulado.

En seguida salieron a la calle, ya muy concurrida; iban hablando de generalidades; aquí y allá eran saludadas por jóvenes amigos que, en las esquinas, esperaban a sus novias; y, en cada boca calle se veían obligadas a detenerse mientras pasaban algunos ca-

rruajes arrastrados por caballos raquíticos.

Llegaron al Parque Central donde, por ser domingo, se efectuaba la parada militar. Mientras sus oídos se sentían acariciados por piezas de una antigüedad incontestable, las dos señoritas tomaron asiento en un escaño, poniendo atención a tres niñitos que jugaban alegres viendo cómo variaban las sombras que los rayos del sol, descolgándose de los higuerones, se entretenían en dibujar en el suelo.

Susana vió a su novio sentado en otro de los escaños en compañía de varios amigos; se ruborizó para contestar al saludo que, de lejos, le hicieron, y, por asociación de ideas, preguntó:

—Es cierto lo que dicen, Cordelia, que dentro de poco tiempo te casas con Eugenio? En todas las reuniones a que he asistido siempre he oído hablar de tu posible matrimonio.

—Tal vez así suceda—contestó Cordelia ruborizándose — Hace bastante tiempo me corteja Eugenio que es un buen muchacho y en cuya compañía me parece que no tendré nada que envidiar.

—Me extraña que digas eso. Eugenio no podrá hacerte feliz nunca. Con esas ideas tan raras, con esa incredulidad tan manifiesta me parece que siempre tendréis disgustos.

—No es cierto eso, Susana. Las cuestiones religiosas las dejaremos tranquilas. En mi hogar, si llego a formarlo con Eugenio, reinará la tolerancia: el, con la incredulidad que se le atribuye; yo, con mi escasa devoción y, nosotros dos, con la religión del amor y del deber. No será por ningún motivo, esa cuestión la que entibie nuestras relaciones ni la que me arranque de su lado cuando seamos esposos.

—Pero ¿no sabes, Cordelia, que su corazón muerto para el amor a un Dios omnipotente no podrá latir por el amor a un ser terrenal?

—Sabes que me haces reir con esas argumentaciones? Esa frase del Dios omnipotente y del ser terrenal ¿de dónde la has tomado?

—Se la oí pronunciar á mi tío, el padre Mercedes, refiriéndose precisamente a tu prometido.

—Ya. . . . . . . ya. . . . . comprendo tu enojo con Eugenio. . . . . . ¡Como el cri-

ticó las pretensiones de orador sagrado que tiene tu tío. . . . . . .!—contestó Cordelia sonriéndose graciosamente.

—Eso por una parte y por otra el que lance sin temor alguno sus críticas contra nuestras prácticas que se atreve a llamar mascaradas religiosas.

—Sin embargo, Susana, esos no son motivos para odiar a una persona con quien el cultivo de relaciones es un honor en vez de ser un desprestigio.

—Ya lo se. Que tiene talento, que es muy amable, no lo niego. Lo único que digo es que un incrédulo no puede amar a nadie. El que no cree en nada no puede sentir la poesía de los grandes amores.

—Cómo puedes decir eso? Que Eugenio porque no ve en el cielo ningún ser misericordioso, porque no cree en nada, no ama a nadie? No puede haber sido un buen hijo, no podrá ser un esposo modelo? Bien se conoce que no sabes lo que se cuenta del amor filial de mi prometido.

Y con una voz pausada le refirió lo que constituía un timbre de orgullo para Eugenio.



II

EL padre de Eugenio, había sido un comerciante bastante acomodado que se dedicaba con mucha actividad a las transacciones mercantiles. Hacía viajes continuos a todos los pueblos de la República en los cuales ejercía su comercio al por menor con pequeñas sucursales de su gran almacén situado en la capital. A veces llegaba a los límites con Colombia en donde compraba cerdos que luego vendía muy bien en las ciudades costarricenses.

De vuelta de una de estas visitas al itsmo se sintió muy abatido, con tendencias continuas al sueño; su estómago no funcionaba bien y, de vez en cuando, sufría vértigos. En todo su cuerpo sentía una picazón terrible y poco después aparecieron en el manchas encarnadas desprovistas de sensibilidad;

su cara tomaba un color azulado; el cutis engrosaba y se hinchaba; en fin, se consideró como una nueva víctima de la lepra por el contacto con varias mujeres de las regiones que en sus viajes visitaba.

Comprendiendo su situación. decidió aislarse para impedir el contagio.

Eugenio no quiso separarse de su padre, lo acompañó en su retiro cuidándolo con un amor filial extraordinario.

Aislados ambos en una finca de su propiedad al norte de la República, el joven ejercía de enfermero con una solicitud incomparable. Obedeciendo a las observaciones de varios médicos amigos, todos los días se desinfectaba cuidadosamente, tratando de evitar así el contagio de tan terrible enfermedad.

El leproso presentaba un aspecto digno de compasión; el rostro estaba completamente cambiado: su nariz, antes tan perfilada, era ancha y achatada ahora; los pómulos salientes y en forma de pezón, los labios violáceos y llenos de tubérculos; las orejas eran enormes; los párpados estaban hinchados; los ojos, antes tan brillantes, ahora se veían hú-

medos y hundidos. Las cejas, el bigote y la barba habían caído dejando el lugar a tubérculos que, después con todos los del cuerpo, se abrieron formando úlceras.

Eugenio estaba al lado de su padre, atento siempre a todos sus deseos. Le mortificaba oírle hablar porque pedía todo con una voz ronca y detenida por la respiración dificultosa que se hacía sibilante.

Cuando en el cuerpo de don Fernando—así se llamaba el enfermo—aparecieron las úlceras, el infeliz Eugenio se sintió desfallecer. Le martirizaba ver aquellos miembros adorados cubrirse de úlceras profundas, de fondo gris y con labios callosos que continuamente arrojaban un líquido espeso, cremoso, con manchas sanguinolentas que, al contacto del aire, despedía un olor fétido. Le repugnaba esta constante supuración y, para evitar que se secara y formara costras moreno-verdosas en los bordes de las úlceras, el joven limpiaba con amor toda aquella piel endurecida y apergaminada que presentaba el aspecto de una cicatriz enorme, lustrosa como untada de aceite.

La desesperación de aquellos dos solitarios llegó al colmo cuando vieron cubrirse las manos y los piés del enfermo de úlceras lineales que determinaron, poco tiempo después, la caída de las falanges y la completa mutilación de los dedos.

La enfermedad había hecho de aquel anciano un ser inaguantable que descargaba sus cóleras sobre el hijo, quien callaba siempre, resignado ante este nuevo martirio que le imponía la irritabilidad nerviosa de su padre adorado.

La muerte llegó mucho tiempo después, no encontrando mas que un cuerpo débil, arrugado, lleno de ulceraciones que fluían diariamente; con las mejillas hundidas, con los párpados caídos y el labio inferior colgante.

Al morir don Fernando, Eugenio apenas contaba veinticinco años.

Este rasgo de un hijo que no vaciló en sacrificar su porvenir ante el ara santa del amor paternal fue muy comentado por los médicos. Se habló del posible contagio; se estudió el caso, y uno de los doctores, el mas entusiasmado con la conducta de Eugenio, dictaminó que el organismo del joven no estaba en

buenas disposiciones para adquirir aquella enfermedad aún después de haberse hallado expuesto a las múltiples influencias que engendran esa miseria fisiológica. Se le sometió a un severo régimen de desinfección que Eugenio constituyó luego en una costumbre higiénica.

Aquel sacrificio hizo mucho efecto en Cordelia cuyas simpatías por Eugenio fueron en aumento hasta llegarse a hablar del próximo enlace entre los dos jóvenes.



III

La relación de Cordelia había mantenido a su amiga en una atención completa. Al terminar aquella se quedaron ambas pensativas y luego Susana cortó el silencio y dijo:

—Tienes razón, Cordelia. Yo estaba muy equivocada; me habían dicho que un incrédulo era un hombre privado de sentimientos; pero tu me has probado lo contrario. Es de admirar la conducta de tu prometido; sin embargo..... ahora que recuerdo, ... otra cosa me disgusta en Eugenio y es esa costumbre de criticarlo todo en sus artículos, haciendo del escritor un personaje molesto que mira en todas partes lo malo; que cree que en nosotras hay ocultas siempre muchas picardías y que hace públicas sus creencias exagerándolo todo, dando lugar a que los lectores se bur-

len de aquellos a quienes critica. Eso es muy mal hecho.

—Sin embargo, Susana, esas críticas son necesarias, tienen mucho efecto; a nadie se dirigen en particular y cada uno se cree señalado con el dedo del articulista y trata de corregir sus defectos.

—Ah!. . . . . así es que porque yo digo. . . . . —suspendiendo la frase continuó en seguida — pero callemos, aquí viene Eugenio y no me conviene que sepa lo que te refiero.

En efecto, dos jóvenes se dirigían hacia ellas: el de adelante, Eugenio, enteramente vestido de negro, sonreía al acercarse; el de atrás, el pretendiente de Susana, ostentando su traje a la moda, hacía girar, entre los dedos de su mano izquierda, una caña delgada que le servía de bastón.

Ambos saludaron a las señoritas y después cada uno tomó asiento al lado de su prometida formando así dos parejas que entablaron conversación sobre muchas cosas interesantes sólo para los interlocutores.

Cuando el reloj de la Catedral dió las diez se levantaron los cuatro jóvenes, siguieron juntos hasta la casa de Susana

en donde ésta y su novio se despidieron.

Eugenio acompañó a Cordelia hasta la puerta de la casa en que ella habitaba, donde se despidió prometiéndole que volvería en la noche.

Se dirigió hacia el este de la ciudad a la hermosa residencia que un tío suyo poseía por aquel lado.

Iba pensando en su próximo matrimonio cuando tuvo un encuentro desagradable que despertó, en el, al articulista satírico.



IV

En medio de un círculo de curiosos de ambos sexos y de varias clases sociales, estaba una mujer flacucha y anémica, con los ojos desmesuradamente abiertos, con la pupila dilatada y con la frente y las cejas contraídas. Después de dar un grito desgarrador, estiró los brazos con los puños retorcidos y luego, dejándolos colgar rígidos a lo largo del cuerpo, cayó pesadamente al suelo donde continuó retorciéndose, encorvándose; al fin terminó el ataque con un desfallecimiento total, quedando el cuerpo tendido en la acera con una espuma azulada en los labios.

De los que estaban contemplándola ninguno se atrevió a sujetarla, le tenían asco y nadie hizo por evitar que se golpeara en el granito de la acera. Les do-

minaba la curiosidad y algunos sonreían al ver que, en las convulsiones, la pobre enferma dejaba descubiertas unas piernas secas y arrugadas.

Eugenio, al ver aquella escena, se prometió criticar en un artículo la caridad presuntuosa que solo hace sus efectos en veladas en el Teatro Nacional y nunca en la callada soledad de las casas particulares en donde las buenas acciones no pueden ser comentadas y trompeteadas por los periódicos.

Este encuentro, además, despertó en Eugenio muchos presentimientos dolorosos. Comprendió cuan pesada era la cruz que llevaba aquella desgraciada: una enfermedad terrible llamada a provocar espectáculos en todas las esquinas, en todas las calles, en todas las partes por donde pasara.

El sufrimiento de aquella mujer lo hizo pensar en el calvario que el mismo debía recorrer.

La lepra con su fétido aliento, con sus úlceras purulentas, con su piel acicatrizada hería de muerte las ansias de felicidad de aquel joven cerebro.



V

Luego, caminando lentamente, sin hacer caso de quienes iban y venían; contestando con indiferencia a aquellos amigos que, al pasar, lo saludaban, continuó reflexionando.

La enfermedad de su padre se asoció a la idea de su matrimonio.

Si momentos antes, al lado de Cordelia había considerado su enlace como la mas bella de las esperanzas que acariciaba, ahora veía en el la negación de toda felicidad en el porvenir.

—Cordelia me ama; yo la adoro; somos jóvenes. ¡Que hogar tan bello el que formaremos!. . . . . Sin embargo, soy tan débil y tan cobarde que tengo miedo, no se que funestos pensamientos oscurecen mi mente al despertarse en ella las ilusiones que se levantan ante la idea de mi matrimonio.

¿Por que me caso con esa señorita que talvez podría ser dichosa al lado de otro hombre? ¿Podré retirar mi palabra y dejar en el goce de su libertad a mi prometida? Por desgracia no puedo. . . . . . es demasiado tarde para dar un paso hatrás: no me siento con fuerzas para hacer morir, en un momento, las ilusiones que yo mismo hice nacer con mi imprudencia. Y también me obligan las circunstancias, la sociedad me ha hecho contraer un compromiso y debo respetar ese cúmulo de espectadores sedientos de bodas y de fiestas. . . . .

Me siento tentado a decir que ya no amo a Cordelia, a romper con ella, ahogar, en fin, mis ilusiones, para evitar, de ese modo, que el porvenir se muestre conmigo tan cruel como el pasado...

Al pensar esto un temblor nervioso agitó su cuerpo, se colorearon sus mejillas y en sus labios se delineó una sonrisa de profunda amargura.

Y resignado aunque temblando ante la mentira vergonzosa que a todas horas debía pregonar, simulando la dicha que no sentía, siguió hasta su casa, triste y dudando siempre.

VI

En la casa de Cordelia las piezas que servían de sala y antesala estaban adornadas lujosamente.

Por la cornisa corrían por trensas de flores, de las cuales, de trecho en trecho, se desprendían los rosados reflejos de las lámparas eléctricas rodeadas de sombras en forma de azucenas.

Descolgándose de las galerías se veían cortinas color crema que, al bajar, se desplegaban sosteniéndose en las jambas como con miedo de caer; torcían a ambos lados para reposar en los alzapaños plateados y de ahí brincaban ligeras al piso encerado de la habitación, ciñendo el pie de unas macetas de porcelana en las que crecían hermosas pacayas.

En en el centro del plafon de cada

una de las habitaciones se abrían ramilletes de lirios y magnolias que circundaban un par de lámparas eléctricas cuyos rayos caían en todas direcciones atisbando los brazos desnudos y los pechos escotados de las señoras y señoritas que había en los salones.

Cuando los clarines de los cuarteles y las campanas de las iglesias de la ciudad anunciaron las ocho de la noche, por una de las puertas laterales entraron a la sala Cordelia, del brazo de su anciano padre, y Eugenio, dando el suyo a una tía de su prometida. Detrás de las dos parejas venían los otros miembros de ambas familias y los invitados.

En el centro de la sala, bajo los ramilletes de lirios y magnolias suspendidos del plafon, en medio de un círculo formado por los concurrentes, se colocaron los dos jóvenes y pusieron atención a los consejos que el sacerdote les daba antes de bendecir su enlace.

Cordelia estaba bellísima con su hermoso vestido de seda adamascado de color blanco, con su velo de punto que se desprendía de la diadema de azahares y bajaba replegándose hasta descansar en

la cola del vestido que el hermanito menor de la novia sostenía respetuosamente. Estaba muy pálida y en sus ojos se podían notar huellas de las lágrimas derramadas un momento antes cuando la joven recibía las bendiciones paternales.

Al terminar el sacerdote sus consideraciones acerca de la nueva vida que empezaban los contrayentes, mientras las señoritas acudían a besar las mejillas de la joven desposada y los jóvenes estrechaban la mano del novio, deseándoles eterna felicidad, la orquesta, situada en la antesala, preludió la encantadora romanza de la ópera «Mignon»:

¿Conoces tu el hermoso país donde florecen
naranjos siempre bellos, país donde parecen
las aves mas ligeras, mas plácida la brisa,
y donde irradia espléndida, cual celestial sonrisa,
eterna primavera, bajo un azul sereno,
bajo un azul sin nubes, de encanto siempre lleno?....

por la cual Cordelia siempre había demostrado preferencia cantándola cuando llenaba sus obligaciones.

Luego, los invitados se dispersaron por las dos habitaciones destinadas al baile; hablaban de la emoción del no-

vio, de la palidez de Cordelia y del temblor que se notó en la voz de ambos al contestar a las preguntas del sacerdote.



VII

EMPEZÓ el baile. Las parejas pasaban rápidamente dejando una estela de perfumes deliciosos; ahora, *Ylang-Ylang;* luego, *Violeta;* después, *Brisa de las Pampas*; en fin, una cantidad de esencias penetrantes que saturaban el ambiente de emanaciones voluptuosas.

Las cuadrillas, valses y mazurcas se sucedían con intervalos cortísimos; los enamorados bailaban juntos tres y cuatro piezas seguidas sin importarles nada las observaciones que de ellos se hacían; las parejas entablaban conversaciones frívolas en las que los jóvenes cruzaban con las señoritas las mismas frases huecas que cruzan en las esquinas con sus camaradas; mientras tanto algunos invitados que no danzaban por cualquier motivo, se divertían ridiculizando las

formas escasas de algunas señoritas o las de otras que llevaban sobre su cuerpo verdaderas maquinarias impidiendo de ese modo el desarrollo de las lineas puras y correctas. También hacían comentarios acerca de la manera de bailar de ciertas personas que olvidan los movimientos graciosos que son la belleza del baile y que, no sabiendo buscar las actitudes nobles que sostienen—en la danza—relaciones armoniosas entre las partes del cuerpo, constituyen el baile en una agitación desordenada por entero reñida con la cultura y la decencia.



VIII

Después de varias piezas, las señoritas tomaron asiento y los sirvientes, vestidos con decencia, les ofrecieron helados, refrescos y tosteles que ellas aceptaron con una sonrisa encantadora al mismo tiempo que se hacían aire con los pañuelos perfumados tratando de refrescar sus mejillas encendidas.

Durante el descanso, varios jóvenes en la pieza interior destinada a la cantina se estrujaban con impaciencia: tal era la sofocación ocasionada por el baile y tal el afán que—a algunos—es lo único que lleva a esas fiestas.

En las puertas que daban a los salones de baile, otros invitados se habían agrupado para contemplar desde allí a sus adoradas que, de cuando en cuando,

les sonreían con ternura. Entre ellos, un joven a quien se atribuían todas las crónicas de los bailes anteriores, se daba importancia haciendo apuntes en un cuadernito rojo, anotando a las señoritas que—en el salón—desfilaban ante el con una coquetería adorable para tener el honor, al día siguiente, de leer en uno de los diarios sus nombres respectivos acompañados de los inevitables *bella, preciosa y encantadora* cuando no *divina y angelical.*

Por la costumbre que tienen los costarricenses de recibir con los brazos abiertos a todo el que venga del exterior sin conocer sus antecedentes, había sido invitado un joven extranjero, recién llegado al país, quien preguntaba al cronista el nombre de las señoritas que no conocía.

Guturalizando las *erres*, lo que indicaba su origen francés, decía:

—¿Quien es esta señorita vestida de amarillo-paja y que toma a cada instante actitudes diferentes entre las cuales me llama la atención la que le sirve para expresar el disgusto que le causa el encontrarse entre nosotros?

—Es la señorita *Humo*. No la conocía usted? La llamamos así por que es una *muchacha* que, dándose cuenta del encanto que ejerce su hermosura, hace todo lo posible por llamar la atención de los jóvenes y principalmente de los extranjeros.... y—queriendo disculparla añadió—no debemos quejarnos de esas coqueterías; nosotros mismos tenemos la culpa. Si una señorita tiene unos ojos bonitos, unas mejillas sonrosadas, un cuerpo bien formado.... nunca faltan indiscretos que, en via de galanteo, se lo hagan saber a la jovencita y ella, entonces, se fija en las perfecciones que posee, desea ostentarlas y las ostenta; desea conservarlas y aun aumentarlas y, de allí, como consecuencia—agregó sonriéndose el cronista—los polvos, la pintura y los postizos.



IX

La danza había comenzado otra vez. Ambos jóvenes continuaron en su sitio fijándose en los detalles: el cronista, para una novela que decía estaba escribiendo y el francesito, para aumentar sus impresiones de viaje que publicaría mas tarde y en las que se prometía comparar la vida social de todas las naciones americanas desde Méjico y Guatemala hasta Chile y Argentina.

La conversación se reanudó debido al saludo que una amable señorita hizo al joven cronista. El extranjero iba a preguntar cual era el nombre de aquella rubia que sonreía con tanta gracia cuando le dijo su compañero:

—Esta señorita es una de las pocas que cultivan las letras en Costa Rica. Sin embargo nunca ha aparecido su nom-

bre al pie de sus bien pensados artículos.

—¿Tiene miedo a la opinión pública?

—Hay razón; entre nosotros se ve con antipatía, podría decir, a las señoritas que muestran predilección por las letras. Se las llama *bachilleras* pretenciosas, por lo cual ellas, poseyendo a veces el talento necesario, prefieren vivir calladas y ocultar los conocimientos que han adquirido. Yo, por mi parte, alabo a esas señoritas que comprenden su misión y que, al estudiar, hacen lo posible por ser útiles hoy, a sus compañeras y, mas tarde, a sus hijos y a sus maridos.

—Reciba mis felicitaciones; no pertenece usted a esa multitud de jóvenes que no hacen otra cosa que rendir homenaje a la hermosura de las mujeres sin saber apreciar las condiciones de talento que muchas de ellas poseen y....

—Precisamente—interrumpió el cronista—de ese modo las obligan a ser superficiales. Y luego en los periódicos, en las críticas sociales, nos quejamos de la coquetería de las mujeres sin acordarnos de buscar un medio de prepararlas, por una educación mejor, para otras ocupaciones que las ennoblezcan.

—¿Será por eso, amigo,—replicó el francesito—que las conversaciones que he tenido el honor de escuchar tanto en este salón como en otros muchos, se limitan a las modas, a los bailes, a las recientes conquistas, a los últimos disgustos, a la gallardía de los actores de una compañía extranjera....... en fin, a frivolidades?

—Sí, señor; y a eso se deben también los frecuentes matrimonios de conveniencia que entre nosotros se efectúan. Los padres prefieren adornar a sus hijas antes que darles la educación necesaria; las exhiben como mercaderías constituyendo así el matrimonio en un sistema de enriquecimiento y haciendo creer a sus hijas, de este modo, que el cálculo y el mercantilismo son las bases de la felicidad humana. A propósito..... ¿ve usted esas señoritas que, fatigadas por el baile, reposan en ese sofá de la derecha?

—Sí, las veo; están muy bien vestidas. ¿Como se llaman? ¿A que familia pertenecen?

—Pertenecen a una familia que hace muchos gastos de los cuales, naturalmente, tiene conocimiento todo el mundo:

el presupuesto para vestidos, perfumes, abonos de teatro y todo aquello que pueda darles un aire de distinción ante sus relacionados, aumenta mientras disminuye proporcionalmente el de las prendas interiores de las personas y de las habitaciones y aun el de la alimentación.

—¿Pretenden de ese modo pertenecer a la clase privilegiada josefina?—se atrevió a preguntar el extranjero, quien, al oir una respuesta afirmativa, trajo a su memoria uno de los mas hermosos pensamientos que había encontrado en sus lecturas:—«No están lejos los malos días cuando, en una nación, llega a ser la riqueza la única señal del rango social.»—

El número de danzantes iba disminuyendo conforme avanzaba la noche. De cuando en cuando grupos de invitados se retiraban satisfechos después de saludar a los jóvenes esposos, quienes permanecían sentados uno al lado del otro en un sofá forrado, como todos los asientos del salón, con terciopelo carmesí.

Un niñito llegó corriendo y abrazando la cintura del cronista le dijo con voz vibrante:

—*Vamonós*.

El joven acarició al niño, se despidió del francesito y luego de Eugenio y Cordelia.

El extranjero imitó a su compañero, saludó con cortesía a los dueños de casa y salió pensando en aquel niñito que—como un igual—se codeaba con los hombres, yendo a bailes y otras reuniones en donde veía muchas cosas que le explicaban del todo las frases maliciosas que había escuchado de sus compañeros.

. . . .

. . . .

Una hora después la Felicidad y el Amor derramaban, pródigos, el tesoro de sus ánforas sobre aquella pareja encantadora.



X

DIRIGIÉNDOSE a la ciudad de Esparta en donde colgarían el nido de sus cariños y ternezas, llevando al paso sus dos caballos y trayendo a la memoria las dulces emociones de su vida de novios, Cordelia y Eugenio seguían las ondulaciones del camino que subía penosamente por las faldas del Monte del Aguacate.

Cuando llegaron a lo alto, desmontaron para respirar mejor aquel aire puro y para contemplar el hermoso paisaje que a sus ojos se presentaba.

Hacia el frente, divisaban una franja de plata teñida de rosa: era el mar lejano que parecía sentado entre las nubes azuladas y el verde oscuro de la vegetación.

Y del otro lado, un mar de esmeralda

se extendía ante sus ojos: la región cultivada del valle central se les presentaba unida, inmensa.

Rebosando felicidad Cordelia rodeó con sus brazos el cuello de Eugenio y dándole un beso ardiente le preguntó:

—¿Te acuerdas, Eugenio, de aquella noche en que te despedías de mi para acompañar a tu padre enfermo? ¿Recuerdas que me dijiste que en lo alto de este monte, al mirar la ciudad de San José perdida entre el verde de la vegetación, enviarías muchos suspiros para mi....., para mi sola?

—Si, recuerdo—contestó Eugenio distraído.

—¿Y cumpliste con tu promesa?—volvió a preguntar la bella Cordelia.

—Si, Cordelia, en este sitio lloré mucho, muchísimo.....

—Oh! tu has sido siempre muy amable..... por eso es que te amo tanto....... —y besó repetidas veces los sonrosados labios del joven escritor.

Eugenio se dejaba acariciar sin corresponder—con el mismo frenesí—a aquellas demostraciones del amor de su esposa.

Se desprendió de sus brazos, se sentó sobre el césped que crecía a un lado del camino y se puso a meditar. Las palabras de su compañera despertaron en el muchos recuerdos dolorosos y la misma lucha que en sú cerebro se había entablado cuando, un domingo, pensó en su matrimonio con Cordelia, se apoderó en ese momento del infeliz.

La señora que no sabía nada y que se explicaba aquella meditación con el recuerdo del padre difunto, lloró también y así, tristes y callados continuaron su camino, llegando a la antigua ciudad de Esparta cuando el cuerno de oro de la luna empezaba a rasgar el manto negro con que la noche había cubierto el firmamento.



XI

La luna de miel trascurría trayendo con cada una de sus semanas una nueva dulzura para Cordelia y Eugenio.

Al reposo de que gozaban en una casita de los alrededores de Esparta, se unían las fatigas de las excursiones.

Entre éstas les dejó honda impresión un paseo que hicieron, en bote, por el estero que forma el río de la Barranca al confundir sus aguas con las del Océano Pacífico.

El bote en que iban los dos jóvenes rompía el agua que daba reflejos verdosos bajo la sombra de la pequeña embarcación; Eugenio remaba con destreza y, bajando el río, después de un pequeño recodo, se presentó a su vista el azul puro del mar confundiéndose con el azul pálido del cielo en el horizonte desde donde una traza de luz se deslizaba

por encima de la inquieta superficie; la tarde se envolvía en una gasa de color violeta y allá, en lontananza, se dormían los contornos de las islas del Golfo de Nicoya.

Mas cerca, en el sitio en que batallan el río y el océano antes de darse el abrazo de reconciliación, las olas rompían con fuerza y se orlaban de espumas formando, en la barra, una guirnalda encantadora de un blanco inmaculado sobre el azul sombrío del mar.

El viento acariciaba con dulzura a los dos paseantes, tratando varias veces de arrebatar el sombrero de paja adornado con una cinta oscura que llevaba Cordelia. Ambos esposos respiraban con delicia el aire cargado de emanaciones salinas. Después de fijarse en los alrededores, Cordelia llamó la atención de su esposo hacia la ribera derecha diciéndole:

—Mira, Eugenio, que vista tan preciosa! En esta orilla, fíjate: el agua es tan transparente que se ven con toda claridad los contornos de los árboles que alargan su sombra para contemplarse en ese espejo admirable.

El cuadro hacia el cual los dos esposos dirigían su mirada era bellísimo; las imágenes de los arbustos de la ribera estaban tan claramente delineadas en la superficie del agua tranquila que Eugenio exclamó:

—Cordelia, que bello paisaje! Escucha, cuando lleguemos a nuestra casita, trata de evocar con tu pincel ese conjunto encantador, y yo te ayudaré en lo posible haciendo la descripción literaria... ¿quieres?

La joven señora después de hacer algunas observaciones acerca de lo difícil que era aquel trabajo terminó ofreciéndole satisfacer sus deseos en lo que sus fuerzas se lo permitieran.

Eugenio, remando con fuerza, hizo que la pequeña embarcación se acercara a la orilla izquierda de la desembocadura desde donde pudieron ver, allá a lo lejos, el muelle de Puntarenas adelantándose en el mar para recibir las caricias de las olas juguetonas y, cerca de el, los barcos inmóviles en los que empezaban a titilar las lucecillas del servicio.

Continuaron paseando por el ancho

estero hasta que del cielo empezó a bajar la dulce claridad que enviaba indolente el disco plateado de una luna hermosísima.



XII

Entre las numerosas escenas que dejaron recuerdos agradables en los jóvenes ninguna les llamó tanto la atención como las de los bailes populares efectuados en Puntarenas la noche del quince de Setiembre con motivo de la fiesta nacional.

En el Puerto, Eugenio pudo observar muchas costumbres desconocidas en el interior de la República; conoció también que la expresión de los sentimientos de aquel pueblo amable y complaciente no obedece en nada a las exigencias sociales: ni a la cortesía comprometedora, ni a la etiqueta fastidiosa.

En su cuaderno de apuntes anotó con satisfacción que no conocía en Costa Rica una gente tan hospitalaria como aquella, y que en tres días de regocijos populares, no había observado esa ten-

dencia a la discordia y al escándalo de que hacen gala los habitantes del interior.

Acompañados por dos simpáticas morenas, hijas del ardiente sol porteño, que habían sido condiscípulas de Cordelia, los jóvenes esposos asistieron al *baile del tamborito* que constituye uno de los cuadros más originales en las costumbres de los costarricenses y es, para los que se dedican al estudio de la música y del baile, una representación de los primeros adelantos alcanzados por el hombre en esas artes.

Bajo un cobertizo rústico y en un entarimado bastante espacioso, se reunían personas de ambos sexos que conversaban con animación mientras la orquesta se preparaba para dirigir la danza con los sonidos evocados en sus instrumentos.

Al empezar la música, las miradas de los presentes se dirigieron hacia el grupo que en un rincón formaban los cuatro ejecutantes. En medio de estos, un campesino muy serio, que llevaba el cuello protegido por una toalla, sostenía un viejo violín con el brazo izquierdo extendido hacia adelante, mientras que

su derecha arrancaba con el arco unas cuantas armonías de las cuatro cuerdas del instrumento.

A un lado, apoyando uno de sus pies en el banco que ocupaban sus compañeros, otro campesino de semblante muy alegre frotaba con rapidez la *guaracha*: dos pedazos de palmera labrados que, al pasar uno sobre otro, producían un sonido que aumentaba en intensidad cada vez que el violín lanzaba una nota aguda.

El tercer ejecutante apoyaba la rodilla izquierda sobre un tambor ordinario que estaba colocado en el piso de madera. Con dos bolillos cortos hacía redobles continuos que correspondían a las voces bajas del violín.

El último músico se mantenía de pie sacudiendo entre sus brazos con violencia la *zambumbia:* un pedazo de árbol, cilíndrico, hueco, arrojado por el mar y lleno de granos de maíz, que, al ser sacudidos, originaban un ruido invariable y fastidioso.

En aquella música no podían existir, como es de suponerse, las disonancias y los choques que engendran las melodías puesto que los rústicos instrumentos no

hacían otra cosa que, repetir compases iguales sirviendo únicamente para marcar el ritmo a los danzantes.

Cuando empezó la música, los espectadores se hicieron hacia los extremos dejando espacio suficiente para los bailarines que se dispusieron en parejas.

El baile suelto contituye para el pueblo costarricense—con especialidad para los habitantes de la comarca de Puntarenas y de la provincia de Guanacaste—el mejor modo de divertirse.

Dejando a un lado el abrazo estrecho que caracteriza la danza de salón, el baile suelto recuerda el amor sexual con sus luchas y sus victorias. Primeramente el hombre, para llamar la atención de su compañera, improvisa los gestos y actitudes que le parecen mas apropiados a la posición que la mujer toma al seguir el compás de la música. Esos gestos y actitudes resultan muchas veces graciosos; parece entonces que la compañera se rinde a los atractivos desplegados en el baile por su pareja: poco a poco, obedeciendo ella a la seducción ejercida por los movimientos del hombre, ambos se van acercando y al fin, con las caderas

enteramente juntas se efectúa la transición encantadora entre la vivacidad de los gestos y la lentitud de un balanceo sensual muy malicioso que dura breves momentos.

Ese balanceo despierta, en los danzantes y en los espectadores, asociaciones de ideas, ya de tranquilidad y de placeres, ya de trabajo y de excitaciones. Por último, en un arranque inesperado, las parejas dan la vuelta, se separan y empiezan de nuevo la figura.

Durante mucho rato permanecieron los cuatro jóvenes mirando las diversas posiciones que adoptaban los danzantes; observaron con atención los instrumentos que componían aquella orquesta original, y muy tarde de la noche abandonaron aquel sitio en donde un pueblo pacífico se reunía para celebrar, bailando, elaniversario de la independencia de su patria.

Al día siguiente fueron llamados los dos jóvenes a una casa del vecindario donde un *marimbero* recién llegado de Bagaces, iba a tocar algunas piezas de su repertorio en honor de aquellos simpáticos josefinos.

En el patio de la casa, bajo un árbol de escaso ramaje, tomó asiento el joven bagaceño. La *marimba* que llevaba era pequeña, angosta, formada de calabazas huecas cuyas bocas estaban medio cerradas por reglas de madera de diferentes tamaños.

De la parte inferior de esas reglas salía un bejuco en forma de semicírculo sobre el cual debía sentarse el *marimbero* para sostener el instrumento en la debida posición. En cada una de sus manos llevaba dos bolillos de cabeza ancha con los cuales golpeaba las distintas reglas de la *marimba* produciendo así sonidos que combinados con gusto se resolvían en los valses y las mazurcas de mas aceptación en aquellas regiones.

El joven bagaceño tocaba con tanta destreza que muy pronto se colocó ante el una pareja que empezó a ejecutar el baile suelto que tanto les había llamado la atención a Cordelia y a Eugenio en la noche anterior. El muchacho levantaba los brazos y con su sombrero en la derecha hacía aire para refrescar el rostro de su compañera que graciosamente

bailaba levantando de vez en cuando su delantal de una blancura extremada.

Eugenio contemplaba aquel cuadro con atención; aquella escena despertó en su cerebro muchas otras, entre ellas las relaciones encantadoras que le hacía su padre al volver de sus continuos viajes por aquellos lugares. Se acordó de la descripción detallada que, una noche en que la luna resbalaba su disco brillante por la inmensa llanura del cielo, le había hecho, del baile de *marimba* su padre anciano. Se levantaron en su cerebro muchos recuerdos tristes y, cuando terminó de tocar el bagaceño, el joven suplicó a su esposa retirarse lo mas pronto posible.

Desde aquel día se retrajo por completo en la casita solitaria que el matrimonio ocupaba en Esparta sin querer efectuar mas excursiones por los alrededores. Cordelia reclamaba a menudo el paseo ofrecido al presidio de San Lucas y la visita al pueblo de Miramar y Eugenio siempre contestaba con frases evasivas que extrañaron a la señora acostumbrada a encontrar en el un marido amable y complaciente.

XIII

Habiendo continuado durante varias semanas el retraimiento de Eugenio, ambos jóvenes resolvieron volver a la capital endonde el padre de Cordelia había arreglado para la simpática pareja una casita pequeña cercana a la suya.

El cambio efectuado logró distraer un poco al joven pues las continuas visitas que recibía le llamaban la atención hacia varios fenómenos sociales que siempre le habían interesado. Ayudado por su esposa observaba pequeños detalles que habían de servirle mas tarde para sus artículos de costumbres que pensaba publicar en uno de los diarios josefinos.

Poco duró aquel retorno a los días en que Eugenio, contento al lado de su mujer, no revelaba la existencia de un pensamiento doloroso fijo en su cerebro.

Volvió a encerrarse en su cuarto de estudio y allí, rodeado de libros y de hojas de papel, dejaba trascurrir los días, siempre leyendo o escribiendo. A veces, al meditar sobre el último capítulo leído, sus ojos se humedecían; bajaba las cejas, formándose en su espaciosa frente pliegues verticales que convergían hacia el espacio interciliar; apretaba los labios uno contra otro como si sostuviera un gran esfuerzo y, al fin, lanzaba un fuerte suspiro que venía a purificar la sangre narcotizada por la respiración detenida.

De noche muy pocas veces iba a la sala endonde el piano permanecía mudo, pues Cordelia respetaba con su silencio el dolor moral de Eugenio.

Para que el se sintiese menos solo, ella le acompañaba en su cuarto de estudio y, amorosa y solícita, se ofreció a ayudarle en sus trabajos. Como era una señorita que—al contrario de la mayoría—no había hecho del momento en que salió del Colegio Superior el término de su instrucción y educación, pudo muy bien ser la compañera de su esposo en las tareas de la inteligencia.

Esa compañía inesperada impedía,

del todo, a Eugenio el leer y comentar aquellos libros que le obligaban á reflexionar sobre su situación. No queriendo hacer testigo de su sufrimiento moral a Cordelia, a quien evitaba toda emoción dolorosa, dispuso estudiar con ella el periodo del engrandecimiento intelectual de la Grecia. A Cordelia le encantaba escribir, con tinta roja, en un cuaderno aquellos nombres ilustres, casi todos esdrújulos y luego, con tinta negra, las teorías que sustentaba cada uno de ellos con respecto al principio de las cosas y a las relaciones entre el hombre y una esencia superior.

Eugenio no hallaba, en su casa, sitio mas tranquilo que su cuarto pequeño con una sola ventana por la que el sol arrojaba sus gavillas de oro, las cuales iban á quebrarse en los lomos de los libros de la biblioteca.

Cordelia así lo comprendió y adorando a su marido hizo de aquel cuarto pequeño un sitio de dulzuras; la mano cariñosa de la joven señora todas las mañanas colocaba sobre el escritorio, en un artístico florero, rosas, claveles, violetas y pensamientos que ostentaban

con orgullo sus colores y que perfumaban el ambiente dejando escapar sus aromas penetrantes.

Cordelia entraba en aquel cuarto a cada instante; envuelta en una bata de color lila, iba a sentarse con cuidado, en un sofá que había hecho traer allí para ella; y Eugenio, al verla tomar en su asiento posiciones de cansancio, recordaba que la consagración de su enlace ya se estremecía en el vientre de Cordelia; comprendía la inmensa dicha que iba a experimentar cuando estrechara entre sus brazos y besara, loco de orgullo, al ansiado primogénito.

Ese había sido su sueño de amor, y ahora, al verlo realizarse, pensaba que era un crimen lo que había deseado en sus horas de fiebre amorosa; lloraba de arrepentimiento al pensar en aquel niño que iba a ser la alegría de su hogar y se sentía culpable al ver a Cordelia orgullosa de la felicidad que le esperaba.

Su esposa, no sabiendo explicarse el retraimiento de Eugenio, decidió consultarlo con Susana cuando ésta le hiciera una visita.

XIV

Una noche en que Eugenio había salido con deseos de escuchar una conferencia que se iba a dar en una sociedad científica, Susana prometió a su amiga acompañarla mientras aquel permaneciera ausente.

Cordelia, en su deseo de explicarse la conducta de Eugenio, puso a su amiga al corriente de lo que sucedía y terminó preguntándole:

—¿Que me dices tu de eso?

Susana fingió que pensaba y luego contestó:

—Lo que yo digo, ya te lo he repetido varias veces antes y después de tu matrimonio..... ¿te acuerdas de aquel domingo en que me confesaste que amabas a Eugenio, que me dijiste que te casabas con el, que.....

—Si, si me acuerdo—contestó impaciente Cordelia.

—Ese día te contesté lo que hoy me preguntas—y con una sonrisa de triunfo añadió:—bastantes veces te he dicho que Eugenio con esas ideas tan raras, con esa incredulidad tan manifiesta, no te haría feliz. Es que un corazón muerto para el amor a un Dios omnipotente no puede nunca latir con sinceridad por el amor a un ser terrenal. El que no cree en nada, no ama a nadie—afirmó Susana con profunda altanería.

Mientras tanto Cordelia, sin hacer caso a estas últimas observaciones, por la ventana abierta interrogaba con la mirada el cielo oscuro en el que titilaban las estrellas silenciosas.

Susana, aprovechándose de aquella meditación, se acercó a Cordelia, pasó su brazo alrededor de la cintura de su compañera y dándole un beso ardiente en la mejilla le preguntó:

—Te acuerdas de aquel tiempo feliz en que, sin pensar en novios ni matrimonios, vivíamos dichosas en el internado?

Aquel beso quemó la mejilla de la

pobre Cordelia, quien, sintiendo una irritación moral contra aquella amiga que le traía a la memoria muchas cosas olvidadas, abandonó el asiento que ocupaba; ante sus ojos se fueron desarrollando, una tras otra, todas las escenas del internado y de aquella época de sufrimiento.

Una de ellas, la que mas le molestaba y la que causó el enrojecimiento súbito de su rostro, fue la que le hizo ponerse de pie al sentir que el brazo de Susana le rodeaba la cintura y que los labios de ella se posaban en sus mejlllas.



XV

HACÍA de eso cinco años. Entonces ella empezaba a coquetear con Eugenio; su padre que era muy celoso porque la adoraba, no la perdía de vista, impidiéndole en lo posible hablar con aquel joven. A pesar de la estricta vigilancia se hablaban los dos novios; pero como todo se sabe, por las vecinas llegó aquello a oídos del padre, quien para evitarlo decidió encerrarla en el internado de un colegio particular que tenía todo el aspecto de un convento, debido a sus ventanas con barrotes, sus muros muy elevados y a lo retirado que estaba de la población.

En aquel colegio la nueva alumna se vio objeto de grandes manifestaciones de simpatía por parte de sus compañeras que no tardaron en hablarle confidencialmente de muchos asuntos escabro-

sos, disimulados por todas ellas y que causaban extrañeza en la joven Cordelia, quien había sido educada aparte de la sociedad y de las amistades peligrosas para la inocencia.

Todas las alumnas cambiaban sus nombres por otros familiares de acuerdo con un rasgo característico de la estudiante. Así se llamaban: *Rubia mia, Ojos negros, Botón de oro, Bella durmiente, Mi morena, Trigueñita:* a Cordelia la llamaron *Linda huraña,* nombre que le caía muy bien, dados su carácter y su deseo de estar sola siempre.

Una alumna, Susuna, llamada por todas *Angel mio,* se hizo íntima de Cordelia. Esta había notado ya que todas las colegiales podían dividirse en parejas íntimas.

Angel mio, elogiaba en Cordelia la blancura de su carne mórbida, la curva inimitable de sus caderas y la pureza y corrección de todas las líneas de su cuerpo.

Cierta vez que fue preciso hacer algunas reparaciones en uno de los dormitorios, hubo necesidad de acumular en el otro, que era muy largo y muy angosto,

todas las internas. Cordelia pudo observar que *Angel mio* disputaba con sus compañeras el lecho que seguía al suyo.

Aquella noche *Angel mio* empezó a quejarse de la temperatura que era muy baja. Debido a esto pasó al lecho de la *Linda huraña;* se estrechó a su cuerpo para aprovechar el calorcito—como decía;—suspiraba profundamente y a cada instante besaba con ardor a su compañera.....

Cordelia, al día siguiente, pidió a su padre que la sacara de aquel encierro en donde tenía un templo la diosa de Lesbos.

El padre accedió a los deseos de su hija comprendiendo que donde mas se desarrollan los vicios secretos es en los internados donde todo se oculta a la sociedad, como ésta oculta sus faltas tras el prestigio de sus nombres distinguidos.



XVI

CORDELIA recordó toda esa historia, y con el brazo tendido hacia la puerta dijo a su amiga:

—Susana, ¿cuando mas pruebas de mi confianza te doy, vienes a insultarme en mi sufrimiento? ¿Dices que Eugenio es un malvado, un ser digno de lástima porque no cree en una deidad que—si existe—es generosa al repartir sus miserias y es avara al conceder sus favores? ¿Insultas a Eugenio porque tiene la discreción de no ir—como vosotros—al templo a burlarse de lo mismo que estáis ejecutando? Invocas la religión al hablar de mi esposo; permíteme que llame a tu corazón devoto, en este momento. Dime ¿es de un alma caritativa el burlarse de un infeliz en su desgracia? ¿No sabes que obras mal al desear hacerme caer contigo de rodillas

ante el altar de Lesbia como acabas de pretenderlo?... Bien se conoce que aun no has olvidado el nombre que te pusieron en el internado: *Angel mio.....*

Su respiración se había hecho irregular, acelerada, angustiosa; hablaba como entre sollozos y repetía automáticamente la misma palabra: «¡Lesbia! ¡Lesbia!» y, por último terminó diciendo:

—Oye, Susana, si has de aprovechar las confesiones que te hago para lanzar frases que hieran a mi marido, sería preferible que permanecieran como cerradas para ti las puertas de esta casa. Así evitaríamos muchos disgustos cuyas consecuencias serían deplorables.

Estas últimas palabras resintieron a Susana quien con el rostro encarnado, la mirada fija en el suelo y sin atreverse a decir algo en su defensa, salió de aquella casa a la cual no pensaba volver.



XVII

Cordelia, al verse sola, volvió a sentarse, sintió un debilitamiento súbito y luego rompió a llorar. Cuando oyó a Eugenio que volvía de la conferencia se puso en pie, pasó sus manos por la cara para refrescarla, secó las lágrimas que velaban aun sus ojos, hizo un esfuerzo por sonreir y salió al encuentro de su marido quien la besó con cariño en la frente y luego le dijo:

—Cordelia, me siento muy bien esta noche; la conferencia fue muy interesante y ha venido a ayudarme en mis estudios acerca de la educación y la herencia y a hacer que me fijara en un detalle que había olvidado por completo..... ahora que recuerdo—continuó el joven sentándose en el mismo sillón que había ocupado Susana—¿por que no has vuelto a tocar tu romanza favorita,

aquella que nos produce al oirla tan dulces emociones? ¿Quieres satisfacer mis deseos tocándola esta noche?

La joven señora iba á aprovecharse de esta circunstancia para exponer sus quejas; pero una mirada de Eugenio toda llena de cariño, la hizo dirigirse al piano y evocar en el las dulces armonías de la romanza de «Mignon.» Mientras ejecutaba, se puso a pensar cual podía ser el motivo de aquel cambio en el ánimo de Eugenio; por mas que recordaba las diversas escenas del día trascurrido, ninguna de ellas podía explicarle aquella alegría inesperada.

Los sonidos que el piano producía, desenvolviéndose y sucediéndose, cambiando de tono y de duración despertaron en Eugenio sentimientos vagos de un encanto inexpresable.

Enseguida Cordelia, animándose, volvió a preludiar la romanza y con una voz suave lanzó las primeras notas del canto:

¿Conoces tu el hermoso país donde florecen
naranjos siempre bellos, país donde parecen
las aves mas ligeras, mas plácida la brisa,
y donde irradia espléndida, cual celestial sonrisa,
eterna primavera, bajo un azul sereno,
bajo un azul sin nubes, de encanto siempre lleno?...

que provocaron en Eugenio el recuerdo de sus relaciones amorosas con su *bella Mignon* como había dado en llamar a su prometida.

Su rostro se veía iluminado por la expresión de los pensamientos elevados y de los nobles sentimientos que aquella encantadora melodía despertaba en su cerebro de una elevación intelectual nada común.

Fijó sus miradas en uno de los adornos de la sala colocado cerca del piano: era un regalo de boda, la expresión del sentimiento delicado del amor paternal por medio de la escultura.

Un joven amoroso sostiene en los brazos levantados el tesoro de su hogar, su hijo primogénito. Detrás de el, apoyándose en el hombro de su marido, está una bella mujer. Ambos sonríen orgullosos de su felicidad y el niñito, extendiendo los brazos delicados, sonríe graciosamente a sus padres que lo adoran.

Eugenio, por simpatía, al contemplar aquellos tres seres dichosos, dejó dibujarse en sus labios una sonrisa que fue sorprendida por Cordelia en el momen-

to en que lo acariciaba con una de sus miradas penetrantes.

Desprendiéndose del piano y acercándose a su esposo le preguntó:

—¿Por que no estás siempre así, Eugenio..... así, sonriendo?

—¿Te extraña el que yo sonría?—preguntó riéndose Eugenio.

—¡Hace tanto tiempo te veo triste, pensando siempre!.....—después de un silencio continuó—No te había preguntado la causa porque respetaba tu sufrimiento; pero..... ¿verdad que ahora me dirás por que muchas veces te encontraba temblando bajo el influjo de una emoción extraña?—Con los ojos fijos en el joven se acercó mas y acariciando con su mano las crenchas rizadas de Eugenio, prosiguió:—¿Eugenio, que te hecho para que te apartes de mi?—y al decir esto con toda la suavidad de que su voz era capaz, bajó los párpados y en sus ojos se condensaron dos lágrimas que rodaron por las mejillas.

Eugenio sugestionado por aquella voz tan dulce contestó:

—Cordelia ¿recuerdas el comienzo de nuestras relaciones? ¡Tan desgraciadas

que han sido! Primero tu padre para obligarte a olvidar el afecto que por mi sentías te encerró en un internado; luego mi adorado padre viendo ya cercana la hora de su muerte se aisló en una de nuestras fincas y yo lo acompañé para hacer con mis cuidados menos crueles sus padecimientos..... ¡otra separación dolorosa!..... ahora me toca llorar por nuestro hijo, por ese inocente que ha de venir al mundo dentro de muy poco tiempo y que será tan infeliz por mi culpa, por mi egoísmo!.....

—¿Y por que ha de ser infeliz?—preguntó Cordelia y sin esperar contestación añadió:—Oye, Eugenio, desde que noté tu retraimiento, ¿sabes a que lo atribuí?... pero has sido muy ingrato al no decirme lo que te pasaba. Creí que habías dado un mal paso en tus negocios, esperé que me lo dijeras y, aun hoy, lo ignoro..... ¡me consideras tan inútil cuando se trata de cuestiones serias!.....

Como Eugenio callara pensó Cordelia que era cierto lo que había supuesto y para tranquilizar a su marido dijo:

—Si te ha ido mal en tus negocios

no temas nada por nuestro hijo; ya le enseñaremos a trabajar, la mas noble de las herencias que pudiera recibir. Además, tenemos al frente muchos años para reponernos de la pérdida que has sufrido en estos días y así el porvenir será nuestro, enteramente nuestro, sin que para nada lo perturben las tristezas del pasado.

Eugenio levantó la cabeza y mirando fijamente a su esposa, le contestó con timidez:

—Todo lo que dices es muy bello; pero no he tenido ningún contratiempo en mi comercio..... ¡lo hubiera preferido!

Cordelia haciendo un gran esfuerzo preguntó:

—¿Tienes envidia, tienes celos?....—y ruborizándose, cayendo de rodillas ante su esposo que permanecía sentado prosiguió—¡Celos! ¿verdad, Eugenio, que no tienes celos de mi?... Dime que nunca has hallado en mis acciones alguna que despertara en tu cerebro la pasión terrible de los celos!

Levantándola cariñoso el joven le contestó:

—Te amo demasiado para ofenderte de esa manera. Has sido siempre buena conmigo, me has hecho el mas feliz de los hombres al elegirme como compañero de tu vida y siempre he visto en la pureza de tus miradas y en la gracia de tus sonrisas que eres mia, sólo mia como yo soy tuyo, sólo tuyo. No, Cordelia, escucha: nuestro hijo ha de ser muy bello, se reflejarán en el todos tus encantos, tendrá tus ojos oscuros, tu nariz pequeña y perfilada, tus labios delgados y rojos, tu sonrisa.....

—Y de ti tendrá ese corazón noble, esa belleza moral que tanto he alabado.

Sin hacer caso a esta interrupción de su esposa, Eugenio continuó:

—Será encantador. ¡Que hermosa herencia recibe de su madre! Y de su padre el desgraciado tendrá un triste recuerdo,... acércate—dijo bajando la voz—¿sabes que varias familias llevan en su frente, en su nombre el estigma de un asesinato grabado por la sociedad ignorante? Pues bien, ese no es tan terrible como la maldición que pesa sobre tu esposo. El remordimiento de un crimi-

nal no es comparable a los martirios de mi espíritu. En mi familia existe la predisposición a una enfermedad que es, según dicen, la penitencia impuesta por un Dios a toda una raza. Mi familia lleva desde hace varios años el cilicio de la lepra! ¿Ves, Cordelia mía, que tengo razón al llorar por nuestro niño, que será muy bello; pero cuya belleza desaparecerá, mas tarde, bajo la herencia de su padre? Lo que yo había soñado en mis horas de ilusiones, me hace sentir hoy las angustias del arrepentimiento. Cordelia, perdóname—agregó ocultando el rostro entre sus manos.

—¿De que quieres que te perdone? ¿Acaso tienes la culpa de lo que me has referido?

—Si, tengo mucha culpa ¿por que, sabiéndolo todo, te he asociado a mi sufrimiento? Y ese inocente que va a ser tan desgraciado!.....

Por única respuesta la joven se acercó mas, sostuvo con sus brazos delicados la cabeza de su esposo, lo atrajo hacia si con suavidad, se inclinó y depositó, con ternura, un beso en aquella frente que ardía: fue un beso encantador que indi-

caba todo el aprecio que ella sentía por aquel noble carácter.

En ambos, los labios temblaban indicando así el notable esfuerzo de voluntad que hacían para no llorar; enseguida. cayendo uno en brazos del otro, prorrumpieron en sollozos.



XVIII

Al través de la neblina que arrastraba su ropaje ligero por entre las callejuelas del Cementerio, el verde de los cipreses aparecía como un azul oscuro y las tumbas alineadas semejaban manchas de color blanco en un fondo trasparente alterado por la niebla.

A pesar del tiempo desagradable que hacía, numerosas eran las personas que, en aquella mañana, terminaban el adorno de las sepulturas que guardaban los restos de muchos seres queridos.

De cuando en cuando se escuchaba el lúgubre tañido con que las campanas de las iglesias lejanas hacían presente a los hombres que las aspiraciones de la vida terminan en la ciudad de los muertos, a quienes aquel día estaba consagrado.

Por entre las callejuelas circulaban los visitantes admirando aquí y allá las

coronas artísticas depositadas sobre las tumbas sin pensar en los que bajo ellas reposaban; algunas parejas de enamorados se decían ternezas mientras recorrían los epitafios con sus miradas indiferentes.

Después de colocar dos anclas primorosas sembradas de camelias y jazmines sobre los sepulcros de D. Fernando y de la madre de Cordelia, Eugenio, acompañado por su esposa, hizo un corto paseo por entre las sepulturas deteniéndose a la sombra de un ciprés en donde una preciosa cruz de mármol abría sus brazos sosteniendo una guirnalda muy bien tejida

Eugenio, después de meditar un momento sintió que en sus ojos se condensaban dos lágrimas que brillaron al deslizarse por sus mejillas.

Al pie de la cruz con letras negras estaba escrito el nombre del que allí descansaba: Mario; uno de los mejores compañeros de Eugenio. Fueron alumnos de un mismo curso y se estimaban recíprocamente desde el día en que un suceso en el colegio hizo vibrar juntas sus almas hermanas.

XIX

Había entre los compañeros de Mario y Eugenio, un joven que figuraba en los primeros puestos debido a la posición social que sus padres ocupaban: era un vanidoso que se distinguía, desde lejos, por lo erguido de su cuerpo; por la posición de los codos un poco separados del tronco; por la mirada siempre desdeñosa y por la manera de saludar mascullando el ¡adiós! En la calle quería ocupar el solo la acera; en la clase hablaba siempre en voz muy alta y procuraba subyugar la atención de todos para que se fijaran en su vestido á la última moda, en su cuello tan alto como un puño, en su corbata diminuta y para que reconocieran su pretendido valor por sobre el de los demás.

Con motivo de un artículo recién publicado por Eugenio, todos los alumnos

felicitaban a su autor: aquel vanidoso, sintiendo que se le humillaba con los elogios prodigados á su compañero, aprovechó, desde ese momento, las ocasiones que se le presentaban para hacer alarde de las bajezas que implica la vanidad de los que se tienen por hombres de talento. Todos los informes desfavorables sobre la conducta de Eugenio que aquel compañero daba eran refutados inmediatamente por Mario, quien, con la energía de los que no saben retroceder ante un obstáculo, nunca llegó a permitir que se encubriera la verdad con el objeto de rebajar a uno de sus amigos.

Desde que Eugenio tuvo conocimiento de las defensas que Mario hacía de su conducta, ambos fueron compañeros inseparables; juntos estudiaban y el mismo día, con pocas horas de diferencia, coronaron sus tareas intelectuales recibiendo el título de bachilleres del Liceo de Costa Rica.

Estaban en la época de la vida en que la amistad no conoce reservas; juntos soñaban, hacían proyectos para el porvenir que parecía sonreirles; vislumbra-

ban una larga existencia que se prometían dedicar al trabajo, a la verdad y a la belleza porque los dos escribían; en sus artículos Mario ponía la sensación y Eugenio el pensamiento.

Era una amistad sincera la que los unía; la comunión de ideas; el compañerismo en las tareas literarias; su igual disposición para las luchas por las buenas causas; su edad—veinte años;—todo hacía ver que el afecto que se profesaban era extraordinario.

Cuando empezaba a ver con claridad las hermosas lejanías en que su porvenir despertaba, Mario sucumbió; recostó muy temprano su frente pensativa en el regazo frío de la misteriosa enterradora.

Reposaba al pie de aquella cruz de mármol ante la cual se había detenido Eugenio, quien dedicó, en aquel momento, un triste recuerdo al amigo que, en hora tan temprana, había sido arrebatado al cariño de su familia y al afecto de sus compañeros.



XX

Despues de evocar muchos recuerdos de colegio ante la tumba de Mario, terminó diciendo Eugenio:

—¡Que feliz eres, Mario, cuánto te envidio!

Cordelia palideció al escuchar esta frase y arrancó a su marido de aquel sitio; lo llevó hacia un rincón del cementerio adonde no llegaban los paseantes del día de difuntos: caminaron entre cruces de madera clavadas en la tierra, colocadas sin simetría como indicando la pobreza de los que bajo ellas dormían el sueño eterno.

Les pareció mas triste aquel pedazo de cementerio endonde las apariencias no arrojan sus lápidas valiosas, sus ángeles de marmol y sus coronas artificiales. Allí se desahogaron en silencio y poco después tomaron el camino de su

casa, pasando indiferentes por entre la procesión de curiosos que, en ese día, profana el campo santo dedicado a los recuerdos y las lágrimas que origina el verdadero sentimiento.



XXI

Cuando llegaron a su casa, Cordelia se dirigió al gabinete de estudio de Eugenio y de una de las gavetas del escritorio tomó un cuaderno de aquellos en que ella misma había escrito los nombres célebres que figuraren en la época del engrandecimiento intelectual de la Grecia; señaló una página y lo llevó consigo hacia la sala endonde Eugenio descansaba.

—Escucha—le dijo al llegar a su lado—¿sabes que me tienes muy resentida?

—?Por que?—interrumpió Eugenio.

—Aquella frase que pronunciaste frente a la cruz bajo la cual duerme Mario, me ha hecho mucho daño. Anhelas la felicidad del no ser, lo cual quiere decir que no te agrada la compañía de tu esposa que te idolatra.

—Cordelia mía,—respondió amoroso

el joven—no pensé resentirte con esa frase pronunciada en medio de recuerdos del colegio, frente al sepulcro de un compañero a quien quise como un hermano. No anhelo la felicidad de la muerte; contigo soy muy dichoso; eres el único ser a quien puedo acercarme, la sola persona que no es indiferente conmigo; por lo tanto, cree que mi único anhelo es que nuestro porvenir sea la proyección exacta de nuestro presente.

—Así lo suponía. Sin embargo, al oirte exclamar allá en el cementerio aquella frase, me sorprendí mucho porque—continuó al mismo tiempo que presentaba a su esposo el cuaderno abierto—¿te acuerdas cuando escribí con tinta roja este nombre: Diógenes de Sinope y enseguida el pensamiento que, sobre el suicidio, escribió ese filósofo?

—Si, recuerdo—contestó Eugenio—también recuerdo que hice bastantes consideraciones en contra de ese pensamiento. Por cierto que nunca he podido creer que «el hombre mas se acerca a la virtud cuanto mas intime con la idea del suicidio.»

—Gracias, Eugenio,—terminó Corde-

lia enlazando con sus brazos el cuello de su esposo y besándolo en la frente— gracias porque me has quitado con esas palabras un gran peso que me fatigaba. Seremos felices: a pesar de la creencia del *estaba escrito,* seremos felices en unión de nuestro hijo que ha de endulzar nuestra existencia.

Eugenio le contestó con dulzura:

—¡Quien pudiera, como tu, soñar con la dicha del mañana!



XXII

El tiempo avanzaba, los días se sucedían unos a otros con una rapidez extraordinaria.

Como era de suponerse, el relato en que Eugenio puso en conocimiento de Cordelia el temor de que su hijo heredara la enfermedad repugnante de su padre, impresionó mucho a la señora. Ella, conforme se acercaba el día del alumbramiento, se sentía arrastrada por una fuerza irresistible hacia la representación de imágenes dolorosas, principalmente la de su tierno primogénito cubierto de úlceras.

Esas imágenes adquirían el predominio en su conciencia; ella trataba de distraerse dibujando; pero su mano diestra para los paisajes delineaba ahora estudios de rostros enfermos y desfigurados. Terminó por aborrecer la pintura

y buscar en otras ocupaciones el medio de perder aquella idea fija. A pesar de los esfuerzos mas enérgicos de su voluntad, el dominio que alcanzaba sobre sus pensamientos duraba muy poco, lo que constituía un martirio terrible para aquella inteligencia cultivada.

Cuando Eugenio llegaba a hablarle lo atendía, al principio, cariñosamente, contestando a todas sus preguntas y aun haciéndole observaciones acerca de la llegada del primogénito que coronaría su dicha; muy pronto se fastidiaba, le respondía con monosílabos y, al fin, se dejaba arrastrar por aquella tendencia a la reflexión que no le permitía un momento de tranquilidad.

De noche le costaba mucho conciliar el sueño, el cual era interrumpido por pesadillas en las que siempre aparecía la figura repugnante de un leproso que acariciaba con sus manos purulentas la dorada cabellera de un niñito cuyo rostro, poco a poco, se transformaba, cubriéndose de tubérculos que se abrían dejando salir un líquido amarillento de olor desagradable. La pobre Cordelia despertaba sudorosa; encendía luz y, tal

era la fuerza de proyección de aquella idea fija, que en la penumbra de los rincones del cuarto veía siempre esa imagen con toda claridad.

Como consecuencia de esa mortificación continua, sentía frecuentes dolores de cabeza y opresiones en el pecho que le impedían respirar con facilidad.

Todo estaba preparado para recibir debidamente a aquel inocente que iba a ser el rey del hogar.

Al lado del lecho conyugal habían colocado una cuna pequeña, semejante a un nido en suspensión sobre el cual dejaba caer discretamente sus extremos una cortina de tul celeste.

Para el padre y los hermanos de Cordelia y hasta para Eugenio aquella cuna que esperaba ya a su precioso dueño, era un buen augurio; a su alrededor les parecía ver los angelillos de la felicidad, jugueteando con el cortinaje y sonriendo al niño que en sueños también sonreía.

Para Cordelia que siempre estaba triste, aquella cuna era una barca sombría en la que bogarían sus tristezas y sus perdidas ilusiones.

Eugenio se acusaba de imprudencia

por haber explicado a Cordelia el motivo de su retraimiento en los primeros meses después del enlace. Aquella confidencia despertó en ella la atención que se había ido reforzando transformándose, al fin, en una idea fija. Hablaba muy poco y respiraba con lentitud; cuando quería moverse necesitaba, para ejecutarlo, de un gran esfuerzo.

Aquel estado de postración llenó de inquietud a Eugenio que trataba de reanimarla, besándola repetidas veces, refiriéndole sus proyectos para el porvenir y ella, a todos sus relatos y preguntas al respecto, contestaba con una voz triste y cadenciosa:

—Si, Eugenio, vamos a ser muy felices;—mientras repetía en su interior.—¡cuánto nos estamos engañando!



XXIII

En esa época de espera indefinida, llena de cuidados, salpicada de vez en cuando por el llanto que producen los tormentos a que la mujer está expuesta en los meses que la preparan para la maternidad, Cordelia evocaba con insistencia grupos de ideas y de recuerdos desagradables.

La atención exagerada hacia las posibilidades que tenía su hijo de heredar la terrible enfermedad del padre de Eugenio, fue acentuándose a medida que se acercaba el día del alumbramiento.

Las representaciones mentales de la madre provocaban movimientos en el feto que le producían dolores vivísimos y trastornos orgánicos de consideración.

Poco después la pobre señora dió a luz una chiquitina que, bajo el influjo de aquella excitación viva y permanen-

te, traía los estigmas con que la imaginación de la madre había caracterizado a los leprosos: la niñita presentaba en todo su cuerpo manchas rojas muy bien definidas y semejantes a quemaduras.

Cordelia, al dar a luz y como consecuencia de los dolores que había experimentado durante su embarazo, sufrió un largo síncope después del cual perdió enteramente la memoria de todos los hechos efectuados desde la fecha de su matrimonio.

Debido a esto, rechazaba con insistencia la idea de que ya era casada, y al presentarse Eugenio para darle un beso en señal de regocijo por el éxito del alumbramiento, Cordelia lo apartó con un pudor instintivo mientras se preguntaba cómo podía aquel joven atreverse a llegar hasta su dormitorio y tratar de besarla en su propio lecho.

La mujer que había sido llamada para que asistiera a la parturienta se acercó a ella después de haber cumplido con los deberes que le imponía la limpieza, y con una solicitud extraordinaria quiso colocar en los brazos de la enferma a la recién nacida para que «la conociera.»

Cordelia la hizo a un lado, enojada, sin poderse imaginar por que razón una mujer desconocida trataba de deshonrarla diciéndole que aquella niñita que llevaba en sus brazos había nacido de su vientre virginal.

Por mas esfuerzos que hacía para evocar sus recuerdos y dar con la verdad, no acertaba a explicarse el misterio en que trataban de envolverla todas las personas que la visitaban.

Ella sabía muy bien que la mujer posee una excelente memoria que le permite evocar con facilidad recuerdos de épocas lejanas y, en consecuencia, le parecía muy extraordinario el no poder darse cuenta de los meses recién trascurridos en los cuales, según decían los miembros de su familia, se habían efectuado los hechos mas importantes de su existencia.

Eugenio fue sorprendido por aquel trastorno en la memoria de su esposa y, a pesar de todos los medios de que se valió para que Cordelia lo aceptara como marido y a la inocente como hija suya, no obtuvo resultado satisfactorio.

Desalentado, sin esperanzas de obte-

ner la felicidad de su hogar sobre la que tantas ilusiones se había forjado, llamó al anciano padre de su esposa que tenía una casa de comercio en la vieja metrópoli.

El anciano dejó su establecimiento al cuidado de uno de sus hijos mayores y vino a instalarse al lado del joven matrimonio.

Al ver de nuevo a su padre, Cordelia se incorporó en el lecho y abrazándolo con fuerza le dijo:

—Ese hombre insiste en su creencia..... pero, ¿no es cierto papá que yo he vivido siempre contigo?..... ¡Y decir que te abandoné por seguirlo!..... piensa que en esa cuna duerme una hija mia..... ¡Tanta malignidad en este mundo!..... yo que no soy casada siquiera!.....

Sorprendido por aquellas frases incoherentes y desconociendo por completo la enfermedad que se había apoderado de su hija, el cariñoso padre se quedó mirando con extrañeza a Cordelia que tambien lo miraba distraída. Bajó los ojos, y después de meditar un momento, le contestó:

—Cordelia mia, ¿que es lo que dices? ¿Te quieres burlar de tu padre anciano diciéndole tantas cosas que no comprende? ¿Tan pronto te has aburrido de la vida de matrimonio y tratas de negar de ese modo a tu marido y a esa chiquitina que es hija tuya como tu eres hija mia?.....

Aquella contestación inesperada hirió tanto a Cordelia que rompió a llorar. El anciano se acercó para consolarla y despues de un largo rato que permanecieron abrazados, la señora le dijo con frases entrecortadas por los sollozos:

—Padre mio, ¿tu tambien..... tu tambien te burlas de mi?..... ¿Permites, indiferente, que yo sea una víctima de la malevolencia y.....

Comprendiendo el anciano que no había seriedad en lo que hablaba Cordelia, sino que aquella actitud era debida a un trastorno en la memoria de su hija trató por cuantos medios estaban a su alcance de convencerla de que era esposa de Eugenio y de que aquella niña que dormía tranquila en su cuna era hija de ambos.

Le hizo referencia de su boda, de su

paseo por Puntarenas en compañía de su esposo y le presentó el cuadro que ella misma había copiado del natural en la desembocadura del rio de la Barranca.

Ella escuchaba con atención todas las relaciones que se le hacían y por mas que pensaba no podía dar con el interés que movía a aquellos dos hombres, Eugenio y su padre, para hacerla creer en cosas que juzgaba sobrenaturales.

Al fin, fastidiada de oir siempre una misma cosa, resolvió no hacer en adelante mas resistencia a los suyos.



XXIV

En las altas horas de la noche, cuando Cordelia y la niñita dormían, Eugenio, que velaba haciendo sus estudios científicos y literarios, acostumbraba visitar el dormitorio de aquellos dos seres queridos vigilando su sueño tranquilo y reparador.

Levantaba con cuidado los extremos de la cortina de tul celeste que cubría la cuna de su hija. Llevaba en la derecha una vela cuya luz, al caer sobre los ojos de la chiquita dormida, provocaba ligeros movimientos de los párpados que Eugenio no veía, abstraído como estaba en la observación de las manchas del rostro de la inocente criatura.

Después de contemplar con tristeza a su primogénita, se apartaba de la cuna y, sentándose en el borde del lecho en que Cordelia descansaba, hacía reflexio-

nes sobre el porvenir de aquella niñita desgraciada.

Conocía mucho la sociedad en que había de vivir; recordaba que, entre nosotros, el único destino honroso en el que sueña la mujer desde sus primeros años es un matrimonio mas o menos ventajoso, un contrato en cuya primera cláusula figuran la belleza física y la posición social. Comprendía que su hija no iba a ser bella porque tenía el rostro manchado y que no sería poseedora de un capital suficiente para casarse con un joven de posición.

Después de hacer muchas observaciones al respecto se prometía formar de aquel capullo que reposaba en su cuna, una mujer de verdadero valor moral e intelectual; acostumbrarla a vencer las exigencias que imponen las conveniencias sociales y educarla en ideales de bien y de verdad humanas.

Y luego, volviendo sus miradas hacia Cordelia que dormía cerca de el, escuchando la respiración pausada de aquella mujer querida, otro problema se presentaba a su mente: el de la memoria debilitada de su esposa.

Como habían pasado varias semanas sin que los diferentes medios adoptados obtuvieran la mejoría de Cordelia, Eugenio empezaba a perder la esperanza de que su compañera alcanzara otra vez el domino sobre la memoria perdida.

Y haciéndose distintas suposiciones, el joven escritor fatigado por tanto trabajo intelectual a que le obligaba su triste situación, recostándose en una almohada colocada a los pies de la cama de Cordelia, se dormía.

En sus sueños se veía acompañado por una esposa inteligente y trabajadora y por una hija llena de virtudes y de talento que, con sus cuidados y ternezas, cumplían el ideal que acariciaba desde sus primeros años.



XXV

Una tarde, en que la niñita acababa de humedecer su boca tierna con el licor azucarado que le ofrecía una campesina hermosa, alta y vigorosa, de colores encendidos y de formas opulentas, Cordelia fijó su vista en la inocente criatura: le dedicó todo su pensamiento en aquella mirada llena de cariño, tan dulce y tan tierna que la nodriza, espontáneamente, colocó el tesoro de aquella infancia en los brazos de la señora.

La niñita agitaba con energía sus brazos y sus piernas con movimientos vivos y espontáneos de su actividad nerviosa.

Como la nodriza la había colocado en el regazo de Cordelia en la misma posición en que acostumbraba tomar su alimento, la criatura volvió su cabecita hacia el pecho de la madre quien pudo

observar un levantamiento ligero de los ángulos de los labios que se habían separado dando a la chiquitina una fisonomía sonriente.

Aquella primera sonrisa de su hija, la conmovió, meditó un momento, desabrochó su chaquetilla y uno de sus pechos, de una blancura deslumbradora, apareció por entre lo desceñido del traje. La niñita se apresuró a acercar sus labios a aquella fuente de vida y de fuerzas.

La impresión, al principio dolorosa, que experimentó cuando su hija empezó a mamar produjo en ella una reacción favorable: miraba con atención a la inocente, reconoció en ella a un pedazo de su existencia y recobró la memoria perdida.

Parecía que despertara de un sueño del cual había olvidado hasta los menores detalles.

Apoyó sus labios en la boca de la chiquitina y la besó con frenesí llamándola con los nombres mas tiernos y acariciando con amor su cuerpecito delicado.

Así que terminó aquel arranque de

ternura, Cordelia preguntó por su esposo a la nodriza a quien había sorprendido el despertar repentino del amor maternal en aquella señora.

Se llamó a Eugenio cuyo asombro fue grandísimo al encontrar a su esposa dando el pecho a aquella niñita que tantos días había estado sin sentir las dulces caricias que sólo una madre sabe prodigar.

Cordelia sonrió al ver al joven que llegaba acompañado por su padre. Les llamó la atención hacia el juguete encantador que tenía y cuando dejó de mamar la niñita, la levantó con sus dos brazos colocándola a la altura del rostro de Eugenio.

Volviéndose a la chiquita le decía sonriendo graciosamente:—«Mira a tu papacito.»—y después mirando con cariño a su marido le preguntaba:—«¿Conoces a esta chiquitilla?...»

Luego, cayendo en brazos de Eugenio, Cordelia lo besó con ternura, le habló de la inmensa dicha que experimentaba en aquel instante, le hizo mil reproches por lo alejado que estaba de ella al encerrarse en su cuarto de estudio y, por

último, después de depositar en los labios del joven la ofrenda de sus besos llenos de fuego y de amor, ambos esposos guardaron silencio: el silencio de que se rodean los seres que son felices.

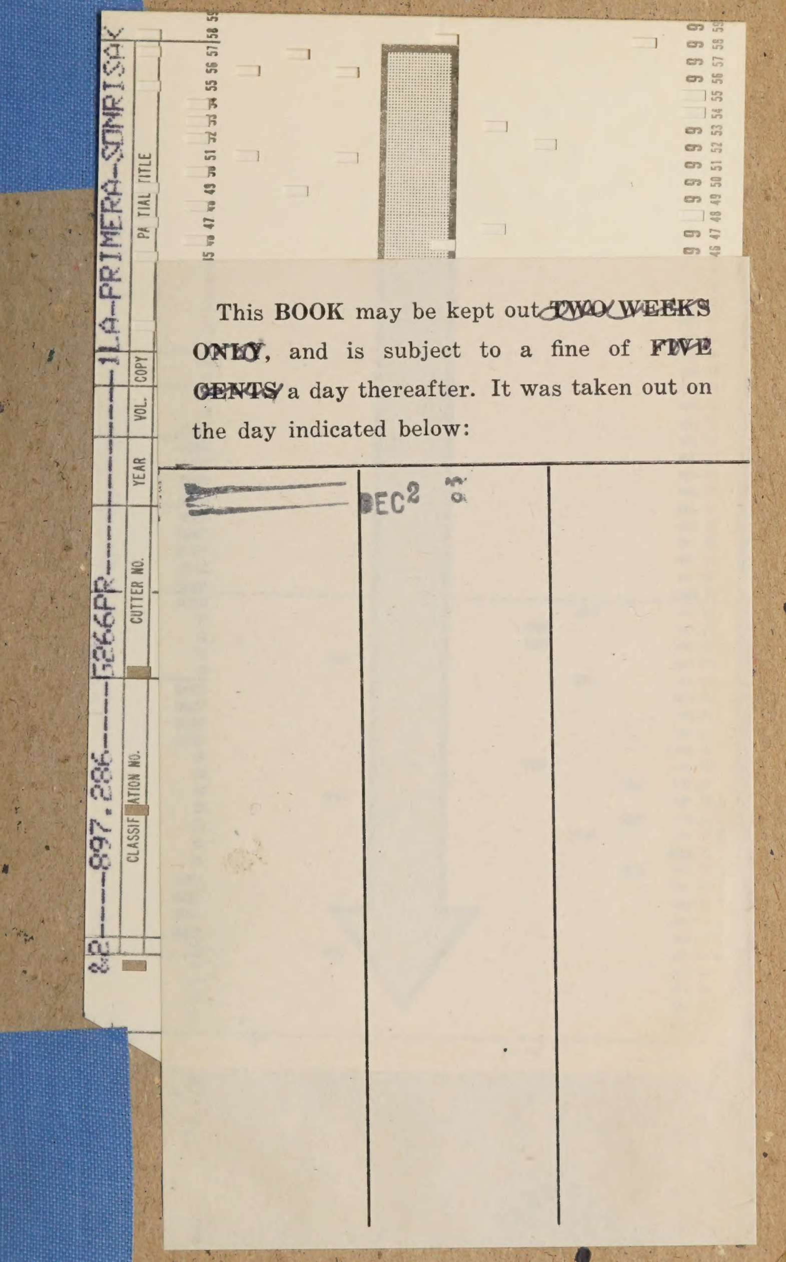
IMPRENTA

DE

...ia v. de Lines

...AN JOSÉ, COSTA RICA

1904


862——897.286——G266PR——————11 A-PRIMERA-SONRISA K
CLASSIFICATION NO.
CUTTER NO.
YEAR
VOL.
COPY
PARTIAL TITLE

